



LOS GNOMOS DE GNU

Había una vez en la tierra —y quizás lo haya todavía— un emperador muy poderoso que quería descubrir nuevos territorios a toda costa.

—¿Qué clase de emperador soy yo —gritaba—, si mis naves no descubren ningún continente nuevo, lleno de oro, de plata y de pastos, al que pueda llevar nuestra civilización?

Y sus ministros contestaban:

—Majestad, en la tierra ya no queda nada por descubrir. ¡Mire el mapamundi!

—¿Y esta islita tan pequeña que veo aquí? —preguntaba ansioso el Emperador.

—Si aparece en el mapamundi, es que ya la han descubierto hace tiempo —replicaban los ministros—. Es posible que incluso hayan instalado allí una colonia de

vacaciones. Y, por otra parte, hoy en día ya no se hace nadie a la mar para descubrir islas y continentes. Hoy en día, los astronautas recorren las galaxias.

—¿Ah sí? —contestó testarudo el Emperador—. ¡Pues enviad a un explorador galáctico al espacio! ¡Y que no vuelva hasta que haya descubierto al menos un pequeño planeta habitado!

Así se hizo, y el Explorador Galáctico (E. G. para los amigos) estuvo tiempo y tiempo vagando por la inmensidad del espacio en busca de un planeta que civilizar.

Pero sólo encontraba planetas rocosos, planetas polvorientos, planetas llenos de volcanes que escupían fuego... De planetas bonitos y habitados, ni rastro.

Hasta que un día, precisamente en el rincón más alejado de toda la Galaxia, mientras enfocaba su megatelescopio megagaláctico, E. G. vio una cosa maravillosa...

Un pequeño planeta precioso, con un cielo azul ligeramente salpicado de nubes blancas, con unos valles y unos bosques tan verdes que daba gozo mirarlos.

Y, al acercarse un poquito más, vio que en aquellos valles retozaban hermosos animales de todas las especies, mientras unos hombrecillos minúsculos, un poco ridículos, pero a fin de cuentas de aspecto simpático, podaban los árboles, daban de comer a los pájaros, cortaban el césped, o nadaban tranquilamente en ríos y torrentes de agua tan transparente que se podía ver al fondo infinidad de peces multicolores.

E. G. aterrizó, bajó de la astronave y vio que se le acercaban, sonriendo, aquellos hombrecitos, que enseguida se presentaron:

—Buenos días, señor forastero, nosotros somos los gnomos de Gnu, que es el nombre de nuestro planeta. ¿Y tú quién eres?

—Yo —dijo E. G.— soy el Explorador Galáctico del Gran Emperador de la Tierra, ¡y he venido a descubrirlos!

—¿Vaya casualidad! —dijo el jefe de los gnomos—. ¡Nosotros estábamos seguros de ser nosotros los que te habíamos descubierto a ti!

—De eso ni hablar —dijo E. G.—. Soy yo el que os ha descubierto a vosotros, porque nosotros, en la tierra, no sabíamos que existíais. Y, por lo tanto, tomo posesión de este planeta en nombre de mi emperador, para poder traeros la civilización.

—A decir verdad —respondió el jefe de los gnomos—, nosotros tampoco sabíamos que existíais vosotros. Pero no vamos a discutir por tan poca cosa, porque nos amargaría el día. Y dime, ¿en qué consiste esta civilización que queréis traernos, y cuánto vale?

—La civilización —contestó E. G.— es toda una serie de cosas maravillosas que los terrestres han inventado, y mi emperador está dispuesto a dáros las gratis.

—Si es gratis —dijeron los gnomos muy contentos—, la aceptamos inmediatamente. Sin embargo (perdona, amigo, ya sabemos que a caballo regalado no hay que mirarle el dentado), nos gustaría tener una pequeña idea de cómo es vuestra civilización. No te parece raro, ¿verdad?

E. G. refunfuñó un poco, porque en la escuela le habían enseñado que, cuando los exploradores antiguos llevaban la civilización a una nueva tierra, los indígenas la aceptaban sin preguntar.

Pero de todos modos, como estaba orgulloso de la civilización de la Tierra, sacó de la astronave su megatelescopio megagaláctico, lo enfocó hacia nuestro planeta y dijo:

—Venid y lo veréis con vuestros propios ojos.

—¡Vaya máquina! ¡Vaya técnica! —decían los gnomos admirados ante el megatelescopio megagaláctico, y, uno tras otro, todos fueron mirando hacia la Tierra.



—¡Pero si no veo nada! —dijo el primer gnomo de Gnu—. ¡Solo veo humo!

E. G. echó a su vez una mirada y luego se disculpó:

—He enfocado por error una ciudad. Ya sabéis, con todas las chimeneas de las fábricas, los escapes de los camiones y de los coches... Hay un poco de contaminación.

—Comprendo —dijo el gnomo—, también a nosotros nos ocurre que, cuando está nublado, no podemos ver las cumbres de aquellas montañas... Pero quizás mañana haga buen tiempo y podremos ver esto que tú llamas ciudad.

—Me temo que no —dijo E. G.—, la contaminación está siempre allí, incluso los domingos.

—¡Qué pena! —dijo el gnomo—. Pero ¿qué es aquella agua negruzca en el centro y amarronada cerca de la costa?

—¡O —dijo E. G.—, debo de haber enfocado el mar! Es que, sabéis, en medio del mar naufragan barcos petroleros y todo el petróleo se esparce por la superficie. Y en la costa la gente a veces no controla los desagües, y así acaban llegando al mar...



E. G. quedó callado, y el segundo gnomo murmuró:

—¡Qué pena!

—Pero ¿qué es aquella llanura gris, con aquellas cosas blancuzcas encima, sin árboles y toda llena de latas vacías? —preguntó el tercer gnomo.



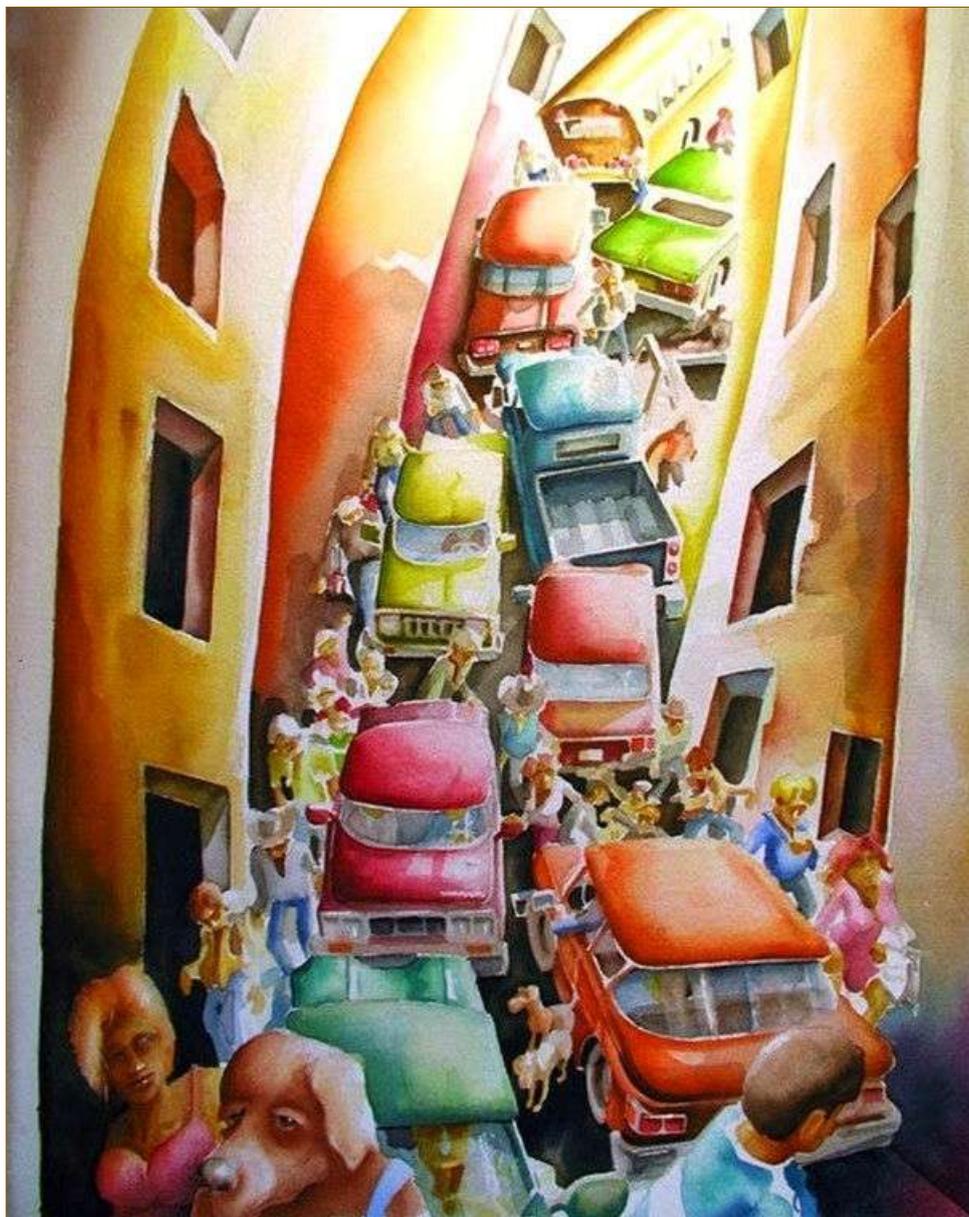
Tras echar una mirada de control, E. G. dijo:

—Es nuestro campo. Sí, reconozco que hemos cortado demasiados árboles, y, además, la gente tiene la mala costumbre de tirar allí bolsas de plástico, cajas de galletas y pots de mermelada...

—¡Qué pena! —dijo el tercer gnomo.

—Pero ¿qué son —preguntó el cuarto gnomo— todas aquellas cajitas de metal, colocadas una detrás de la otra en aquella carretera?

—Son nuestros automóviles. Es uno de nuestros mejores inventos. Sirven para ir muy aprisa de un sitio a otro.



—¿Y por qué están parados? —preguntó el gnomo.

—Pues —contestó E. G. un poco cortado—, mira, hay demasiados y a menudo se producen embotellamientos de tráfico.

—¿Y aquellos seres tumbados al lado de la carretera, quiénes son? —volvió a preguntar el gnomo.

—Son hombres que han resultado heridos, en un momento en que no había embotellamiento y en que corrían demasiado. De vez en cuando hay accidentes.

—Ya entiendo —dijo el gnomo—, estas cajas vuestras, cuando son demasiadas no avanzan, y, cuando sí avanzan, las personas que van dentro se hacen daño. Qué pena, qué pena...

Entonces intervino el jefe de los gnomos:

—Perdona, señor descubridor —dijo—, no sé si merece la pena seguir mirando. Quizás vuestra civilización tenga aspectos muy interesantes, pero, si nos la trajerais aquí, nosotros nos quedaríamos sin nuestros prados, sin los árboles y sin los ríos, y estaríamos peor que ahora. ¿No podrías renunciar a descubrirnos?

—¡Pero si nosotros tenemos un montón de cosas magníficas! —protestó E. G. un poco picado—. Por ejemplo, ¿cuántos hospitales tenéis vosotros? ¡Nosotros tenemos unos hospitales preciosos!

—¿Y para qué sirven los hospitales? —preguntó el jefe de los gnomos, tras haberles echado una ojeada por el megatelescopio.

—¡Sois de veras primitivos! ¡Sirven para curar a la gente que se pone enferma!

—¿Y por qué se pone enferma? —preguntó el jefe de los gnomos.



E. G. estaba francamente irritado:

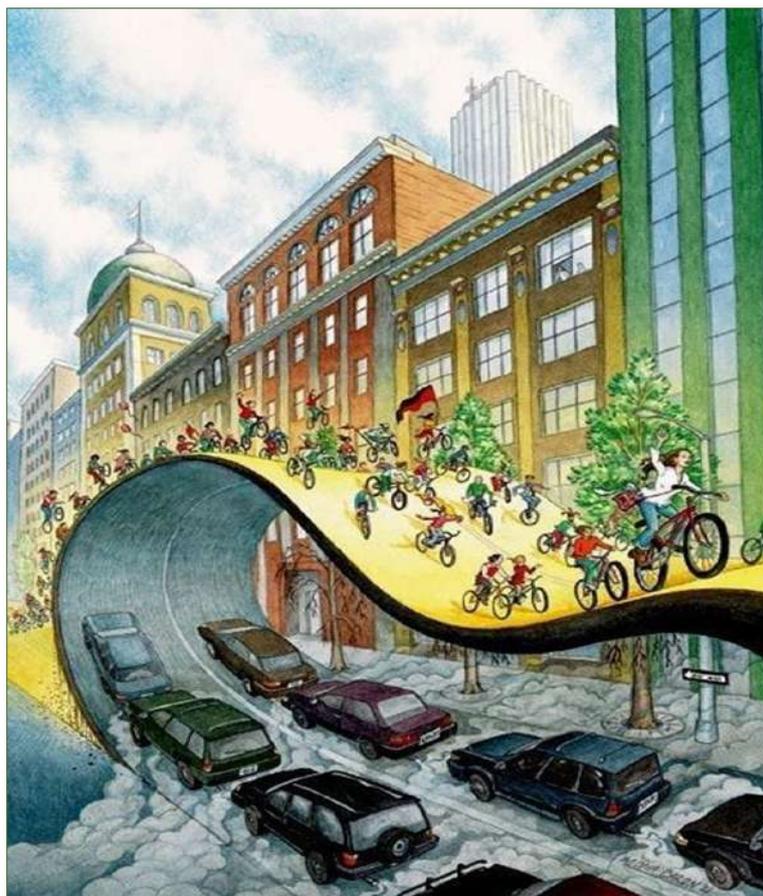
—¡Ya está bien! ¿Veis a aquel señor de allí abajo? Ha fumado demasiados cigarrillos y ahora le harán un trasplante de pulmón, porque el suyo está negro como el carbón. ¿Y aquel otro? Tomaba una cosa que nosotros llamamos droga, y en el hospital intentan curarle todas las infecciones que ha cogido por usar jeringuillas sucias. Y a aquel otro le están poniendo una pierna de plástico, porque lo ha atropellado una moto. Y a aquel otro le están haciendo un lavado de estómago, porque ha comido alimentos contaminados. ¡Para esto sirven los hospitales! ¿No os parecen un buen invento?

—Como a tal invento —dijo el jefe de los gnomos—, no lo discuto. Pero, como nosotros no fumamos cigarrillos, ni usamos esto que tú llamas jeringuillas para la droga, como no corremos en moto, y comemos alimentos fresquísimos que crecen en nuestros huertos y en nuestros árboles, aquí no se pone enfermo casi nadie, y es suficiente un buen paseo por las colinas para curarse. Oye, señor descubridor, se me ha ocurrido una buena idea. ¿Por qué no vamos nosotros a la Tierra y os descubrimos a vosotros?

—¿Y después? —preguntó E. G., que en el fondo ya se sentía un poco avergonzado.



—Después, nosotros tenemos muy buena mano para cuidar prados y jardines, para plantar árboles, para cuidar a los viejos que están a punto de caer enfermos. Nos pondremos a recoger todo aquel plástico y todas aquellas latas, y arreglaremos un poco vuestros valles. Haremos filtros de hojas para vuestras chimeneas, explicaremos a la gente de la Tierra lo bonito que es pasear sin tener que coger siempre el coche, etcétera, etcétera. Y tal vez, al cabo de unos años, vuestro planeta se vuelva tan hermoso como nuestro Gnu.



E. G. ya se imaginaba a los gnomos de Gnu poniendo manos a la obra, y pensaba lo preciosa que volvería a ser, después, su (y nuestra) Tierra.

—De acuerdo —dijo. —Voy a volver a casa y hablaré con el Emperador.

Volvió, pues, a la Tierra, y contó su aventura al Emperador y a sus ministros. Pero el primer ministro puso un montón de inconvenientes:

—Eso de permitir que vengan aquí los gnomos de Gnu, hay que pensarlo muy bien. Necesitan un pasaporte, tienen que pagar el impuesto de inmigración, el papel sellado, y además es imprescindible la autorización de la guardia urbana, de la guardia forestal, de la capitanía del puerto...

Y, mientras hablaba, el primer ministro resbaló con un chicle que otro ministro había escupido al suelo. Se rompió las piernas, el labio, la barbilla, la nariz, la espalda, la cabeza, y se le quedaron los dedos enganchados en las orejas, de tal modo que resultaba imposible desenredarlo.

Con el jaleo que se armó después, el primer ministro acabó tirado en la acera, en medio de las bolsas de basura que nadie recogía desde hacía un montón de tiempo, y allí quedó, a merced de la contaminación, aspirando los gases que salían de los tubos de escape de los coches.



Por el momento nuestra historia termina aquí, y lamento muchísimo no poder decir que a partir de entonces vivieron contentos y felices. Y quién sabe si dejarán a los gnomos de Gnu venir algún día a la Tierra.

Pero, aunque no vengan, ¿por qué no nos ponemos nosotros a hacer lo que harían los gnomos de Gnu?

Umberto Eco
Los gnomos de Gnu
Barcelona, Editorial Lumen, 1994